

miraría como solemnes despropósitos! ¡Cuántos proyectos, llenos al parecer de ciencia y discrecion, resultan sueños irrealizables cuando se trata de ponerlos en planta! ¿Y qué medios se practican para precaver que los cuerpos legislativos no se compongan de esos hombres que tienen la funesta facilidad de hablar de repente sobre todas las materias, y cuya ignorancia es tanto mas peligrosa cuanto se oculta bajo el oropel de la ciencia? Observad los resultados y fácilmente conjeturareis cuál debe de ser el sistema que á ellos nos conduce.

Desde 1810 lleva la España 17 años de gobierno representativo; ¿cuál es el fruto? En los 9 años trascurridos desde 1834, en cuyo tiempo no se ha interrumpido nunca, las Córtes han presentado una arena donde han luchado sin tregua ni descanso las pasiones políticas; pero la instruccion pública, la educacion, los sistemas de beneficencia, la administracion, la hacienda, los códigos, todo está intacto, todo yace en el mas profundo desórden. ¿Qué sucederá en adelante? ¿continuarán las recriminaciones, la desconfianza, la irascibilidad de los partidos, la perfidia y las turbulencias de las facciones? ¿Nos atreveremos á deshojar la bella ilusion que abrigan las almas cándidas é inexpertas, las que ni preven el mal futuro ni recuerdan el pasado, por ser tan fuerte y vivo el impulso que las inclina al bien?

Creemos que á las naciones como á los individuos no se les daña haciéndoles conocer su verdadera situacion; no se remedian los males si se ignora que existen; no se los precave si no se teme que vengan. Quien escribe para el público debe decir siempre la verdad por dura que sea; y cuando no le sea posible, condénese al silencio antes que permitirse el engañar á los pueblos. — *J. B.*

TODAVÍA HAY TIEMPOS PEORES QUE LOS DE REVOLUCION.

Extraña paradoja les parecerá á no pocos, proposicion tan peregrina; recio se les hará de creer, que la revolucion, hija de la corrupcion y del error, terrible personificacion de la fuerza levantada contra la ley, no traiga consigo el peor de los tiempos, y que no sea su época la mas calamitosa que pesar pueda sobre una sociedad. Ella destruye todo lo existente, amontona escombros y ruinas, relaja los vínculos sociâles y domésticos, rompe los lazos políticos, acostumbra á la insurreccion, mina la disciplina de los ejércitos, esparce abundante semilla de inmoralidad, sume á los pueblos en el caos mas espantoso; ¿pueden acaso darse mayores males? ¿es posible concebir otro tiempo en que los pueblos sufran mayores calamidades, y en que se reunan mas causas para preparar nuevas desventuras en lo venidero?

Es cierto que las épocas de revolucion son las mas estrepitosas, es verdad que los daños producidos por ella se hacen sentir con gran fuerza, se ofrecen de bulto á los ojos de todos, se hacen palpables á todas las manos: no hay familia que no llore sensibles pérdidas, ora de fortuna, ora de personas queridas que perecieron en los vaivenes de los disturbios civiles ó en las sangrientas refriegas de fratricidas luchas; no hay clase, no hay interés, no hay opinion que no haya sufrido contradicciones, persecuciones, desastres; no hay pueblo que no haya presenciado escandalosas escenas, y tal vez dolorosas catástrofes: cual furibunda Medea la revolucion anda esparciendo en todas direcciones los miembros de sus propios hijos; y experimentan sus furoros tanto sus amigos como sus enemigos: los despojos, la proscripcion y el cadalso, no respetan clase ni persona. Por esta causa al salir los pueblos de esa época turbu-

lenta y azarosa, al entrar en un régimen legal, al ver establecido un gobierno templado y suave, abominan del tiempo pasado, detestan hasta el nombre de lo que tantos males les acarrearía, no alcanzan á comprender cómo bajo un sistema regular, sometido á las leyes, bonancible, sosegado y tranquilo, sea dable que sufran mayores quebrantos que durante la revolucion; y sin embargo nada hay mas cierto: las revoluciones de los pueblos son enfermedades agudas que consigo traen exaltacion, fiebre, delirio, pero toda enfermedad proviene de causas que afectaron y desarrugaron la organizacion, y acontece muy á menudo que un errado plan de convalecencia, al paso que aparenta restablecer la salud y las fuerzas, mina sordamente la existencia del enfermo conduciéndole á la muerte por halagüeños caminos.

Sí, este es el peligro que amenaza á los pueblos despues de la revolucion, este es el mal que ha caido y pesa todavía sobre la Francia, este es el mal que se columbra en el porvenir de la agitada España, este es el mal que difícilmente evitaremos, si no cuidamos de ponernos luego en vigilante guarda.

No es para una nacion el mayor de los infortunios el que por algun tiempo se vierta en los campos de batalla la sangre de sus hijos: despues de guerras formidables que diezmaron la juventud, levántanse á veces los pueblos con mayores fuerzas, con mas vigor y lozanía. Así el adalid que ha tomado parte en cien batallas, que ha derramado á menudo su sangre en peligrosas refriegas, blande el acero con tanto mas brio y energía cuanto mayores son las cicatrices de la mano que lo empuña y del brazo que lo esgrime.

No es tampoco el mayor infortunio de una nacion, el que haya venido al suelo un sistema político, y que desmontada é inutilizada la antigua máquina del Estado, sea preciso echar mano de otra mas adaptada á las circunstancias, mas propia para el objeto á que se destina; Dios no ha dejado tan infecunda la sociedad que no sea capaz de gobernarse sino por un medio y bajo un sistema; la razon,

la historia y la experiencia nos están enseñando, que salvos los principios tutelares de que en ninguna situacion se desentiende impunemente la humanidad, son varias las combinaciones que pueden idearse para establecer un gobierno que afiance el órden, proteja los intereses públicos, y libre la prosperidad y ventura de los pueblos.

No es para una nacion el mayor de los infortunios, el que en medio de las revueltas y azares de una época tormentosa hayan salido gravemente vulnerados respetables intereses materiales, ni que algunos de estos hayan sido destruidos en su totalidad. En la vida, en las fuerzas de las naciones, entran ciertamente los intereses materiales; pero rara vez acontece que la pérdida ó la desaparicion de algunos de ellos acarreen la ruina de la sociedad. Esta como el individuo, no vive de solo pan; si no satisface sus necesidades materiales de una manera, acude á ellas de otra; el antiguo vacío se llena con algun medio de nueva invencion; el tiempo cuida de revelar los defectos del sistema que se ha sustituido al anterior; la experiencia va amaestrando en su manejo, hasta que al fin se llega á desenvolver y regularizar lo que en un principio se presentaba cual embrion informe y monstruoso. La misma injusticia de las antiguas destrucciones va borrándose de la memoria á medida que el tiempo trascurre; las avenencias y las transacciones van legitimando mas ó menos el nuevo órden de cosas; hasta que vienen los siglos con su prescripcion, con aquella prescripcion que no necesita de la autoridad de las leyes, sino que está dictada por el buen sentido del humano linaje y justificada por la aquiescencia de todos los pueblos.

Grandes son los infortunios que acabamos de indicar; entráñanse en ellos irritantes injusticias, escándalos feos y repugnantes, inmoralidades asquerosas, vilezas, manejos, corrupcion y todo lo mas detestable que abortar puede sobre la tierra el genio del mal; pero sobre estos infortunios hay todavía otros mayores, sobre tan terribles males hay otros todavía mas terribles. Y son esos males,

cuando la vida intelectual y moral de los pueblos es atacada en su misma raíz, cuando en medio de las delicias de la paz, de la prosperidad de los intereses materiales, y de la engañosa ilusión producida por un facticio aumento de las fuerzas del Estado, se destruyen las creencias religiosas, se extravían las ideas morales, se enervan los ánimos con voluptuosos goces, se nutre un desmedido orgullo, se fomenta la vanidad, aflojándose de esta suerte todos los lazos sociales y domésticos, entronizando el culto de los intereses materiales, divinizando el vicio con la prostitución de las bellas artes, sustituyendo á la virtud el egoísmo, á los sentimientos nobles y elevados la mezquindad y villanía de pasiones astutas y rastreras.

Es muy temible que terminada la desastrosa revolución que nos agita y atormenta, entremos en una era que se apellidará de regeneración, en la cual se mostrará de una parte recelosa esquividad con respecto á las doctrinas demasiado populares, y de otra mucha prevención contra las reacciones que tiendan á resucitar los principios y sistemas antiguos. La alianza del orden con la libertad será la bella fórmula en que se compendiará el pensamiento dominante: nada de anarquía, se dirá, nada de exageraciones democráticas, *nada tampoco de despotismo, nada de superstición, nada de pretensiones fanáticas.* Fuerza en el gobierno, vigor en la administración, centralización de todos los ramos; pero libertad en las ideas, indulgencia en las costumbres. Vigilante inspección sobre la enseñanza, pero completa tolerancia y disimulo en todo lo que dimane de excesivo celo por la ilustración y el adelanto. Protección á la Iglesia, pero protección desconfiada, suspicaz, que se alarme fácilmente por la firmeza de un párroco ó la pastoral de un prelado; protección que haga respetar los templos, pero que procure encerrar en ellos la religión, de suerte que no salga de allí, y no alcance á ejercer influencia sobre la sociedad; permisión de defender el dogma y la moral contra sus enemigos, pero *dignidad y severidad* contra los que se atrevan á revelar malas tendencias

del gobierno, pésimo influjo de altos magistrados, aviesas miras de un plan de instrucción, abusos de profesores que propinan funestas doctrinas á la juventud. Así con pocos años de paz y de orden se cambiarán radicalmente las ideas, se modificará el carácter nacional, y la España adelantada y culta conservará apenas un recuerdo de lo que fuera en tiempo de nuestros antepasados.

Es menester no hacerse ilusiones, es preciso no haber visto las cosas y tener escaso conocimiento de los hombres, para no columbrar que nos amenaza tan triste porvenir; es necesario no haber observado la influencia que de un siglo á esta parte ha ejercido la Francia sobre nosotros, para no conjeturar la que andará ejerciendo en lo venidero; y á nadie se oculta que el sistema de gobierno que acabamos de describir es el que prevalece entre nuestros vecinos. Hay empero entre la Francia y la España una diferencia profunda, y es, que el indicado sistema es allí la expresión bastante fiel de la sociedad, cuando aquí fuera una importación exótica que se hallaría en abierta oposición con las ideas, las costumbres, los hábitos de la inmensa mayoría de la nación. Allí la sociedad es escéptica, aquí es católica; allí están volcanizadas muchas cabezas con las teorías democráticas, aquí conservan todavía profundo arraigo los principios monárquicos; allí las costumbres han sido afectadas y modificadas en sentido popular por una revolución imponente y aterradora, que á vuelta de injusticias, de crímenes y catástrofes, trajo al fin la gloria militar y la organización administrativa, aquí una revolución miserable y raquítica, inaugurada con intrigas y desmanes, continuada con despreciables motines, sostenida en su término por un poder militar incalificable, ha producido una fuerte reacción en los espíritus, ha hecho desertar de la nueva bandera á muchos incautos que en ella se afiliaran de buena fe; resultando que la generalidad de los hombres honrados, y no pequeña parte de los más entendidos, contemplan ora con indignación, ora con desdenosa sonrisa, esas impotentes tentativas, esos estériles

ensayos con que se obstinan algunos en conducir la nacion por caminos que ella aborrece á un estado que detesta. Malo como es el sistema seguido en Francia, quizás sea ahora el único posible, porque dudamos que tuviese probabilidad de triunfo ni mucho menos de duracion, cuanto tendiese por medios violentos á dar ascendiente y preponderancia á las sanas doctrinas; pero aquí tan léjos estamos de hallarnos en tan deplorable situacion, que muy al contrario, si algo ha de encontrar poderosa resistencia, y dar tal vez lugar á choques y conflictos, será el intento de plantear en nuestro suelo el sistema francés.

Y cuando esto decimos no se nos oculta que en una nacion vieja, y que por añadidura ha sido trabajada por largos años de guerra extranjera é intestina, y por interminable série de revueltas, debe de haber mucho que reformar, que corregir y ordenar; no se nos oculta que el siglo xix es muy diferente de los anteriores, que es otra la situacion de Europa, que no es el mismo el curso de las ideas, que se han variado sobremanera las costumbres, y que por fin el pueblo español de hoy no es el de Felipe II, ni tampoco el de Carlos III, ni aun el de 1808; sabemos que el tiempo ha ejercido tambien sobre nosotros su influencia modificadora, que no han pasado en vano las revoluciones, que no han circulado sin producir su fruto los libros modernos, que no han dejado de afectar el carácter nacional la prensa y la tribuna, y que por fin el aliento del siglo que se nos está comunicando incesantemente por infinitos conductos ha descompuesto en parte la fuerte contextura que dieran á la nacion sus instituciones antiguas; nada de esto ignoramos; y por lo mismo estamos muy léjos de soñar en tiempos que pasaron ya; conocemos que hay nuevas necesidades y que es preciso satisfacerlas; que hay nuevos males por ahora indestructibles que es preciso tolerar; pero creemos que una conducta prudente y templada, que procure armonizarlo todo del mejor modo posible, nada tiene que ver con un sistema funesto, intolerante con el bien, indulgente con el mal, con un sistema en que para

nada se aprovecharian los restos de nuestra antigua civilizacion, en la cual, digan lo que quieran la ignorancia y la mala fe, no deja de encontrarse mucho de útil y de admirable.

El empeño de fundir de nuevo la nacion entera como arrojándola en un crisol, ha perdido y desacreditado á la revolucion, y perderá y desacreditará á cuantos se obstinen en tan errada conducta. Si quien la adoptase fuese un gobierno regular, establecido sólidamente, y que por un concurso de circunstancias contase con muchos elementos de fuerzas, sería su accion mucho mas dañosa que no la de la revolucion; pero tambien abrigamos la esperanza de que se estrellaria contra los obstáculos que en abundancia le suscitara las creencias religiosas y las costumbres públicas, apoyadas y robustecidas por ese buen sentido que es uno de los caracteres que distinguen á esta gran nacion. Sin embargo, bueno es que todos los hombres de sanas ideas, de intencion recta y de corazon honrado y amantes de su patria, estén prevenidos contra el riesgo que acabamos de indicar; es preciso que los elementos de bien que tanto abundan en nuestro suelo, se pongan en vivo movimiento, que se acerquen y combinen acertadamente para formar una masa compacta, en torno de la cual se agrupen todas las fuerzas para resistir á su debido tiempo y en el terreno de la justicia y de la ley, á los ataques que disfrazado de mil maneras no dejará de dirigirnos el genio del mal.

La instruccion y la educacion son los dos ramos que conviene no perder nunca de vista para no permitir que el impuro aliento de la corrupcion y del error extravie entendimientos desprevenidos, y mancille corazones inocentes. Conviene mantenerse en vigilante guarda contra las innovaciones, que si fueren malas, serán tanto mas dañosas, cuanto mas fuerte sea el gobierno que las introduzca y mas regular y ordenada la accion con que se las plante y fomenta.

Este cuidado y vigilancia imponen obligaciones glorio-

sas, pero pesadas; porque los que se propongan resistir al mal, es necesario que conozcan el bien; y no el bien en su aislamiento, en su naturaleza absoluta é independiente, en su generalidad abstracta y vaga, sino en su forma aplicable á las circunstancias, adaptada á las necesidades de la época, acomodada al espíritu del siglo, en armonía con las costumbres dominantes; conviene no dejar á los adversarios el pretexto de que se trata de combatir la ilustracion y el adelanto por medio de declamaciones ignorantes y fanáticas, conviene que los sostenedores de la religion y de los sanos principios en materias políticas, se presenten á los ojos del público con el prestigio que siempre acompaña al verdadero saber; y que en ofreciéndose la oportunidad, puedan dar á sus adversarios lecciones severas, mostrándoles que tambien se hallan los buenos á la altura de los conocimientos de la época; que cuando aprueban, no es por una deferencia ciega, ni por una parcialidad interesada; que cuando condenan, no es por falta de conocimiento de causa, no es por ignorancia, no es por rencorosa malicia, sino á impulsos de convicciones profundas, á la luz de abundante doctrina. De esta suerte se ha de conquistar un puesto aventajado en la opinion pública; de esta suerte se han de rechazar las calumnias de los enemigos, y desvanecer las preocupaciones de los ilusos; así, y solo así, se alcanza influencia legitima en los negocios públicos, se adquiere el derecho de amonestar á los gobernantes con decorosa firmeza; así, y solo así, se logra que en circunstancias críticas, en momentos peligrosos, preste atento oido la nacion á una voz independiente que clama por el bien público, que señala los escollos en que corre á zozobrar la nave del Estado; así, y solo así, se obtiene que un grito de *Alerta* dado con imponente osadía, pare el brazo levantado ya y pronto á descargar el golpe, y haga retroceder á los gobernantes que se empeñaran en caminos de perdicion. — *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

EXISTENCIA DE DIOS.

En el número anterior demostramos la imposibilidad de arreglarse por el mero *acaso* el sistema planetario; y de consiguiente con mayor razon el del universo. Con riguroso cálculo se puso de manifiesto, que no solo era absurda semejante suposicion tratándose de un movimiento ordenado continuo, sino tambien con respecto á una colocacion momentánea. Pero al esforzar aquel argumento, estribamos siempre en la hipótesis de que los cuerpos celestes estaban ya formados, habiéndose reunido los átomos para constituir aquellas masas enormes. Así, absurdo como era el supuesto de la ordenada combinacion casual, no lo era tanto sin embargo cual se presentará si abandonamos aquella hipótesis que por un momento permitíamos á nuestros adversarios, pero que no dejaba de ser enteramente arbitraria. En efecto: ¿qué razon existe para suponer por ejemplo las partículas que forman el cuerpo celeste que apellidamos Saturno reunidas ya en una sola masa? ¿la formaron desde toda la eternidad ó nó? ¿qué razon puede imaginarse para apoyar esta sentencia? Se hablará de necesidad, será así porque es así; es decir, se afirmará gratuitamente la existencia de un hecho que en nada puede afianzarse. Movidos sin duda por esta reflexion los defensores del *acaso*, han sostenido que el universo habia pasado por una infinidad de trasformaciones; y de una ú otra manera admitieron el caos primitivo, suponiendo entregados todos los átomos á un movimiento ciego, necesario, perenne hasta encontrar la conveniente situacion, las